

RECUERDOS DE LAS ISLAS GALAPAGOS

Roberto Benavente Mercado
Contraalmirante

Todo de originó como consecuencia de una situación imprevisible. Estábamos por recalar, con el buque-escuela *Esmeralda* en visita oficial a un país sudamericano, cuando recibimos la noticia del derrocamiento de su Presidente por un pronunciamiento militar.

¿Qué hacer a bordo, vagando en el mar durante diez días mientras se cumplía el plazo para llegar al próximo puerto de itinerario? Una rápida apreciación de la situación y un examen de los límites de tiempo y espacio nos llevó a una sola conclusión: ¡Visitar las Galápagos!

El comandante —un hombre de 1,90 m de alto— estaba fascinado con la idea, pues secretamente había confesado su debilidad por llegar a tener como trofeo la caparazón de una tortuga. Ahora tendría la posibilidad de capturarla y mostrar a sus amigos, familiares y descendientes, una reliquia que pocos podían exhibir.

Rápidamente se hicieron las consultas a nivel diplomático y la autorización del Gobierno ecuatoriano fue inmediata: ¡Afirmativa!

La recepción en el puerto de San Cristóbal fue cordialísima, pero no hubo tiempo para actos protocolares. El comandante invitó a bordo a los oficiales ecuatorianos de la Estación Naval, para recorrer con ellos el archipiélago, pidiéndoles le indicaran el lugar donde, con seguridad, podríamos encontrar tortugas.

Repetido y zarpe a caleta Seymour, un lugar interesante donde —según nuestros colegas ecuatorianos— los norteamericanos construyeron una base aérea de exploración durante la Segunda Guerra, en el que crecían silvestres las rojas sandías y las galápagos retozaban y se multiplicaban. En resumen una información A-1 que abría muchas expectativas para lograr éxito en la misión.

Fondeamos al atardecer. El grupo de caza —integrado por todos los oficiales, excepto el segundo comandante, el ingeniero, el médico y yo, que me encontraba de guardia— estaba vestido con la indumentaria adecuada a la ocasión, premunido del armamento y del *cocaví* necesarios para la jornada, que se inició de inmediato bajo la claridad de una noche ecuatorial de luna llena. ¡Buena suerte, cazadores de tortugas, cuánto siento no ser de la partida!

Los expedicionarios regresaron mucho después de medianoche. La misión se había cumplido casi milagrosamente, pues los exploradores caminaron por horas a lo largo de las pedregosas playas sin encontrar "el objetivo". De pronto, el último hombre de la línea sintió un ruido sospechoso y dio la voz de alarma. Una inmensa tortuga se dirigía hacia el mar. Ud. se preguntará quién fue el primero en llegar, y yo no necesito contestarle. Lo dejo a su

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales o inéditas, remitidos especialmente, o ser reproducciones de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

imaginación. El jefe, justo en el momento en que el quelonio se disponía a ingresar en el agua, lo cogió de los bordes de su caparazón y lo dio vuelta, dejándolo inmovilizado, mientras llegaban refuerzos para capturarlo y transportarlo al buque, entre cuatro personas, pues el ejemplar sobrepasaba los 80 kilos.

El comandante me llamó muy temprano esa mañana. Aunque trataba de disimularlo, estaba radiante. Sus órdenes fueron:

1. Proteger la tortuga —que estaba amarrada al mayor popel— para evitar que la caparazón pudiera dañarse.

2. Designar al Comisario —un Teniente 1° de Abastecimiento— para que se preocupara de su permanente vigilancia hasta que llegaron a bordo dos funcionarios de la Fuerza Aérea ecuatoriana, quienes se habían ofrecido, graciosamente, para sacrificar la tortuga con el menor sufrimiento posible.

Esa mañana pocos nos quedamos a bordo. Casi todos los oficiales, guardiamarinas y grumetes, fueron en visita profesional a la antigua base aérea, regresando con los botes cargados de sandías. Los aviadores ecuatorianos, por otra parte, habían finalizado exitosamente su tarea y regresado a tierra. El comandante, habiendo cumplido su "misión", ordenó tocar repetido para zarpar: ¡Todo el personal a sus puestos, verificar material trincado para la mar!

El Comisario —cuyo puesto de repetido era el de encargado del telégrafo de órdenes a las máquinas— también subió al puente, y el buque empezó a levar. La *Esmeralda* regresaba a San Cristóbal para finalizar allí su visita operativa.

¡Adiós Seymour, adiós a aquellas despobladas y fascinantes islas, adiós a las tortugas e iguanas gigantes y adiós a un lugar único en el mundo, adiós a las Galápagos.

Una vez cazado el aparejo y definido el rumbo, bajé a almorzar. Era muy tarde, todos habían finalizado su café, pero se mantenían en sus puestos en la cámara. La alegría habitual se había transformado en la tristeza propia de los actos funerarios.

— ¿Qué les pasa?, pregunte, imaginándome que el rancho ese día no había sido del mejor.

Me contestó el dentista: —¿No sabes lo qué pasó? Ante mi cara de pregunta agregó: —La concha del comandante. Como no entendía nada, y ante mi cara de asombro, añadió: —Botaron la concha del comandante al agua.

¿Cómo pudo suceder algo tan increíble e inesperado? Muy sencillo. El médico, un hombre con pocos años en la armada y, por tanto, demasiado ceñido al reglamento, pasó su ronda habitual antes del zarpe, por las cámaras y cocinas, incluyendo la carnicera —un departamento embaldosado blanco— donde se había sacrificado a la tortuga, que estaba lleno de restos y desperdicios de la víctima. El techo y mamparos eran color púrpura. El *Doc*, ignorante de lo sucedido e indignado por la falta de acuciosidad y limpieza de los cocineros, llamó a un par de jóvenes grumetes que iban pasando y les ordenó hacer una limpieza "a fondo", que él personalmente vigiló, exigiendo que todos los restos fueran dejados en un depósito ovalado y de buen tamaño que allí mismo estaba. La tarea finalizó cuando el buque iba navegando, ordenando tirar los restos al agua con envase y todo.

En ese momento, el Comisario bajaba del puente y vio algo que casi le produjo un infarto: la caparazón de la tortuga volaba por los aires con destino a las profundidades del océano. No podía creerlo, era imposible que hubiera sucedido algo así después de tantos esfuerzos y reiteradas recomendaciones.

Cuando el comandante supo lo sucedido sufrió un colapso y ordenó varios arrestos en sus camarotes, pero pocas horas más tarde levantó las sanciones e invitó a un grupo numeroso de oficiales, incluyendo al Comisario, al médico y a los ecuatorianos, a cenar en su cámara. Durante el aperitivo su ánimo fue cordial, atento y generoso, como era su costumbre. La cena se inició con una crema espesa y deliciosa acompañada con un vino blanco navegado muy helado. El plato de fondo era en base a una carne muy blanca y blandísima, de fino sabor, acompañada con una salsa muy suave y agradable.

Los comensales, especialmente los ecuatorianos, reconocieron la buena calidad de la cocina chilena y le hicieron saber su opinión al comandante, quien se limitó a observar las reacciones de cada uno de los participantes. A la hora del buen coñac hizo un breve discurso:

—Señores —dijo— agradezco la hospitalidad ecuatoriana que nos ha permitido conocer algo de este increíble archipiélago. Brindo por la permanente amistad entre las armadas de Ecuador y Chile y confío que ese sentimiento se acrecienta ahora, más que nunca, porque todo lo que cenamos hoy fue en base a la tortuga que capturamos anoche en las islas Galápagos. No me llevo el trofeo deseado, pero sí un recuerdo inolvidable de esta jornada.

¡Aplausos! El incidente había sido superado y los ecuatorianos —que habían prometido no comer jamás tortugas— tuvieron que aceptar que la calidad de su carne era excelente. Los marinos chilenos, por nuestra parte, reconocimos que la expresión "mock turtle soup", que estudiamos a contrapelo y de mala gana en las clases de inglés de la Escuela Naval, había sido útil y bien valía la pena haberla aprendido.